

Melodías de un Corazón

Jean Paul Panchana Espinoza



MELODÍAS
DE UN
CORAZÓN

UNA
HISTORIA

DE ENSUEÑO

JEAN PAUL PANCHANA

ESPINOZA

Capítulo 1

Nunca había visto la ciudad tan hermosa como ahora, desde lo alto de este edificio. El cantar de esa puesta de sol a lo lejos, las nubes que se aproximan lentamente para descargar su llanto. El viento golpea con fuerza, y las primeras gotas descienden sobre mis mejillas; unas de lluvia, otras de felicidad.

Estaba por sacar mi paraguas cuando mi madre entró y me dijo que deje lo que estaba haciendo, porque ya era hora de donar mi corazón. Así es, hoy también es mi último día de vida.

No tiene que sonar triste. Ayer pude conocer a mi cantante favorita, y la abracé y pude tomarme fotos. También me cantaron "Feliz cumpleaños a ti", así que no puedo estar triste. Todo esto ha sido tan maravilloso.

Pero debo irme. Tengo que salvar a una persona de morir y dejar este último recuerdo plasmado en letras para que sea leído por muchas personas, y que sepan que fui feliz, porque así quiero que me recuerden.

Ayer soñaba que le decía "Te amo" a esa chica. Nunca me dejaron de gustar sus ojos, nunca. Si tan sólo me hubiese despedido de ella. Pero le envié una carta, nada especial. La rocié con ese perfume con el que la recordaba, y por el otro lado, el mío, para que sepa que éramos uno.

—Querido, te está esperando el taxi.

—Ya voy, mamá.

Capítulo 2

□Nes de día y no hay sol; todavía está oscuro y está lloviendo. Las gotas empañan los vidrios en mi trayecto al hospital. Mi mami nunca deja de sonreír, y eso me hace tan feliz.

Al llegar, ella se va a preguntar la hora de mi intervención y yo encuentro un piano —uno grande— en medio de una sala vacía. Deslizo mis dedos y entono una tecla. Al instante, un ángel canta despacito en la puerta; toco otra tecla, y un ángel muy diferente aparece, cantando junto al delicado sonido del piano. Cierro mis ojos e inhalo despacio y profundo. Y mis dedos cobran vida dentro de esta pequeña sala, junto a esos seres alados que aparecen uno a uno, acompañándome en este eterno momento.

Quiero llorar. Quiero reír. Quiero sentir que esta no es mi última noche junto a mi mami, pero debe ser así. Mientras la música invade el pequeño cuarto, un ángel con cara de niño se me acerca y limpia delicadamente una de mis lágrimas, y me sonrío.

Nunca detengo mis manos en su encuentro con el piano; los ángeles entonan su voz más y más alto.

En el techo —allá arriba— veo cómo se va encendiendo una lámpara, una cada vez más brillante. Me siento un poco liviano, casi no veo el suelo.

¿Por qué mi mami se demorará tanto? Ya empiezo a extrañarla. Las paredes se vuelven transparentes y la veo llorar cerca de una camilla. ¿Por qué mami? Tú eres fuerte. No logro ver quién está en esa pequeña camita. Dejo el piano, pero la música no cesa; y unos ángeles me regalan unas alas, muy blancas, muy grandes, pero yo no quiero irme sin despedirme de ti, mami. La luz se hace cada vez más brillante, y estos ángeles cantan, y el piano suena, y mi mami llora, y mi cuerpo vuela.

Antes de dejar caer la última lágrima, entre el cielo y el suelo, creo ver a mi mami sonreír otra vez, y darme un beso en la mejilla como todas las noches; un segundo faltaba para que mi gota de sentimientos cayera en ese mar de recuerdos, pero fue detenida por mi abuelita, quien, entre sonrisas y anhelos, me recibió con un gran beso.

Y a lo lejos, veía cómo un niño saltaba de alegría, con un corazón nuevo.

Capítulo 3

(Retroceso)

Mi instinto maternal me trae intranquila. Conduzco a lo largo de la autopista con mi hijo en la parte de atrás; llego al túnel. Él se asoma a la ventana y observa cómo las luces parpadean rápidamente, y mantiene la mirada fuera de sí un instante. ¿Por qué estaré tan nerviosa? Después de un largo trayecto, visualizo la salida y noto que ha comenzado a llover. La luna se pierde mientras avanzo hasta mi destino. Luz roja; luz verde, perfecto. Absorta en mis pensamientos, no logré escuchar la estruendosa sirena de una ambulancia que venía en sentido contrario, sino hasta que el parabrisas se rompió, como vi mi vida romperse en esos escasos y eternos segundos, segundos que nunca olvidaré. Cuando realmente escuché la sirena, ya no iba conduciendo, por desgracia. Paramédicos nos llevaban a mí y a mi hijo en camillas por separado, cuando antes lo tuve en mis brazos. Pequeño, no es tu culpa, pequeño.

Le facilitaron una carpeta para relatar lo sucedido en aquella autopista. No sé qué escribir —había dicho ella, en un estado catatónico, sin el control de su propia respiración, a pesar de tener latente el accidente como si aún estuviese frente al parabrisas a punto de romperse—. Déjenme ver a mi hijo —exclamó sin aliento—, déjenme verlo. Le mostraron entonces la pantalla de la cabina en donde se encontraba; y lloró enmudecida, al verlo conectado a tantos cables —como una máquina— con pintas de sangre. Señora, no sabemos si sobrevivirá —qué más pudo decirle el médico, nada más, no sin lástima en su mirada—; es propenso a entrar en un estado de coma —le dijo—, hasta podría quedar sin memoria. ¡No! —gritó de tristeza aquella mujer y madre— ¡no, por lo que más quieran!

El cielo se detuvo a contemplar la escena de una madre compungida, se detuvo. Por ahora lo mejor será esperar a que despierte —y con esas palabras flotando en el ambiente, esa madre, con un acuchilleante sentimiento de culpa, mantuvo su mirada inexpresiva y a la espera—. Al amanecer, junto a un pequeño rayo de sol que atravesaba la cortina, una mano encontró reposo sobre otra. Y sonrisas revolotearon mientras la estrella del amanecer se alzaba sobre el horizonte.

Mami —dijo—, ya no estés triste, yo estoy bien. Y de inmediato lo estrechó entre sus brazos, quienes temieron olvidar ese protector calor de un abrazo. Mami, hay un niño que está a punto de morir; le podría prestar mi corazón, sólo hasta que se recupere —decía sonriente—. Si él tan sólo supiera. La madre accedió sin chistar. Algún día debía pasar —se decía—, sólo era cuestión de tiempo gracias a su enfermedad. Y el gesto de su hijo por aquel niño era el más puro y latente acto de amor que jamás había

visto.

Aún tenía la carpeta para relatar el accidente, y volvió a repetirse: no sé qué escribir.

De vuelta a casa, tras conocer a su cantante favorita, y con la tranquilidad ya renovada, los esperaban escondidos su familia y amigos para cantarle "Feliz cumpleaños a ti"; y él sonreía mientras cuidaba como oro el recuerdo de una carta para una chica de bellos ojos. No sé qué escribir —se había dicho al momento de tomar su lápiz—, pero lo hizo.

Después de recibir un beso de su madre, se quedó dormido, mientras escuchaba notas de piano, soñando que tenía alas y que volaba alto, lejos y alto, para salvar a un desconocido; y después, perdido en esa mirada, le decía cuánto la amaba.

Al otro día, el último de su vida, notó un anuncio casi invisible de un concurso, uno de escritura. Y escribió, como nunca antes lo había hecho; escribió.